

editorial

La devastación material y simbólica que el gobierno de Cambiemos está llevando a cabo en la República Argentina ha tomado, en los meses que transcurrieron desde el último número de *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*, una aceleración notoria. En lo material: la creciente violencia por parte de las fuerzas de seguridad; la abrupta caída del salario real como efecto de la devaluación y la quita de subsidios a los servicios públicos, acompañadas de la imposición de un techo muy bajo a las negociaciones paritarias. En lo simbólico: la degradación de los Ministerios de Salud, Trabajo y Ciencia y Tecnología refuerza la lucha contra tres pilares de los valores democráticos que, quizás con inocencia, considerábamos sólidos fundamentos. Esta devastación tiene un efecto *productivo* en el ámbito de las subjetividades: el sentido común se transforma a toda velocidad y los valores se subvierten de un modo que consideramos claramente declinante.

En este contexto, no es extraño que quienes nos dedicamos a la filosofía volvamos a preguntarnos por su sentido y por las formas en que se vincula con ese mundo que –se supone, se prejuzga– estaría fuera de las fronteras cerradas de esa mítica torre de marfil. Y no es extraño que volvamos a preguntarnos, en particular, por cómo ese vínculo se da –o puede darse, o puede desencadenarse, o potenciarse– en el modo *académico* de hacer filosofía, que es nuestro trabajo, y que potenciaría el encierro marfileño, distanciándose así incluso de otros modos, más nacionales y populares, de hacer filosofía.

Nos hacemos esta pregunta, la recogemos y tomamos la interpelación. Sin embargo, nos resistimos a tomarla en términos de *utilidad*. Creemos que la pregunta por la utilidad es una pregunta mal planteada, que supone una respuesta en términos de mercantilización o de instrumentalización. Tampoco pensamos que el problema esté bien planteado en términos del vínculo con un *mundo* que estaría *más allá* de la filosofía académica, constituyendo una trascendencia del pensar y su acreditación a través de la burocracia científica. Si el *mundo* no nos es en absoluto indistinto, no es por una buena voluntad o un interés teórico, sino porque *ya* estamos en él. No se trata por lo tanto de unir lo separado, ni de establecer puentes entre abismos, sino de reflexionar sobre los sentidos de ese estar en el mundo y explorar la medida en que puede ser transformado por el pensamiento. Lo cual no quiere decir, ni por asomo, que todo resulte esclarecido, o que no seamos presas del sentido común epocal o sesgado a nuestra condición, que hayamos conjurado prejuicios o que logremos captar y expresar lúcidamente ese entorno que nos atraviesa; sólo quiere decir que tenemos que extraer y poner delante el problema.

Ya estamos afuera. Somos *trabajadorxs* de la investigación y la docencia académicas, y en tanto tales parte del movimiento obrero y no un ente extraño que contemplaría el mundo laboral desde una vitrina (como falazmente se desliza en muchos discursos que aspiran a legitimarse mágicamente sobre la base del modismo de criticar a la academia y a las instituciones en general, como si ello fuera una certificación de libertad absoluta y reproduciendo paradójicamente el individualismo aislado que lo ve todo desde un presunto afuera); simplemente, nuestra labor tiene sus exigencias y requerimientos específicos, como toda obligación laboral: las investigaciones deben realizarse, su pertinencia y originalidad justificarse, los libros, artículos, partes de libros y trabajos en eventos científicos deben producirse, las evaluaciones y formación de investigadorxs concretarse, etcétera; el sistema académico lo requiere y, para bien o para mal, es la forma que tenemos hoy de cumplir con nuestro trabajo. Que tenga sus exigencias propias no significa que sea un cisne negro en el mundo laboral. Está tan en el mundo (o tan alienada de él) como cualquier otro trabajo. Estamos tan en el mundo como cualquier otrx trabajador, sin transparencia ni calma, sometidxs a los vaivenes de ser parte de lo que nos constituye, con interferencias y éxtasis, con embriaguez y rutina.

De la misma manera, nos vinculamos con otras formas de ser, trabajar y naufragar en el mundo. No somos *sólo* filósofxs académicxs. Por ejemplo, a través de la actividad docente, inescindible de la investigación y que es siempre una inmersión en el afuera, cuando la *clase* se concibe –como lo hacemos nosotrxs– como una construcción colectiva con lxs estudiantes y como un ejercicio para repensarse y vitalizar los conceptos. Realizamos nobles tareas de extensión y divulgación. Ponemos el cuerpo en el afuera, cada vez que participamos de las marchas y protestas para defender la educación pública, los derechos humanos y los valores democráticos. Nos ponemos en el afuera cada vez que redactamos y participamos en declaraciones públicas en torno a la coyuntura. Tenemos familias, amigxs, amantes, conocidxs y encuentros con los que tejemos los más diversos modos de comunidad, intercambio y devenir conjunto.

Ahora bien, *también* nuestra investigación en sí misma está ya afuera. Nuestra labor específicamente académica es parte constitutiva de lo que desborda sus fronteras disciplinarias y técnicas. Y esto porque nuestra investigación básica tiene un aspecto inherentemente práctico. Estudiar la obra de lxs grandes filósofxs, hacerlo en forma contextual y comparada con pensadorxs de otras épocas y otras geografías, y sobre todo cruzar sus caminos con las preguntas del presente, permite comprender que no existen cosas ni hechos desnudos, independientes de nuestra forma de pensarlos, sino que cada forma del pensamiento transforma el mundo, sus objetos y su acontecer. Se trata de pensar el mundo (*interpretarlo*), y pensándolo lo transformamos. (Quizás no de la manera inmediata en que se puede transformar el mundo –el entorno, el estar– en otras actividades, pero no por ello menos productiva, eficaz o importante; porque en sí misma la praxis supone un momento del pensar, del proyectar y potenciar, momento que comienza con la puesta en discusión de lo dado, del pensamiento único y hoy, concretamente, del dogmatismo neoliberal).

Investigando, meditando, discutiendo y escribiendo comprendemos que, en cada tiempo, hay una imagen del pensamiento que se constituye (o puede constituirse) como un *sentido común*, una imagen *dogmática* que se anquilosa, se fija, y se vuelve la *única* forma de lo verdadero, lo naturalmente cierto. Ese sentido común nos nutre y nos constituye. Lo bebemos en nuestras conversaciones cotidianas, en nuestra educación, en los medios, en la literatura y las

canciones, en los cuentos que nos leen antes de ir a dormir, en la trama de nuestras ciudades y en la arquitectura de nuestras viviendas. La filosofía ha sido históricamente crítica del sentido común y, al mismo tiempo, tanto su víctima pasiva (puesto que aquel se mete por la ventana aún en los sistemas filosóficos que han luchado denodadamente para tapiarle hasta la más mínima abertura) como una de sus grandes *productoras* (en forma deliberada o azarosa). No hay peor *estupidez* filosófica que el pensamiento que se siente libre de estupidez y sentido común. La lucha contra el sentido común en el seno del propio pensamiento (en la filosofía, en la academia, en nuestrxs compañerxs de ruta, en nosotrxs mismxs, sobre todo en nosotrxs mismxs) es uno de los desafíos que la filosofía retoma sin cesar.

Reflexionar sobre el sentido común, luchar contra sus disfraces y astucias, combatir la estupidez (que no es otra cosa que el sentido común hecho verdad) es una de las tareas indelegables de la filosofía. Así, la filosofía es reflexión, crítica y disrupción. Nunca una verdad, nunca un *saber* desapegado de su época y sus condiciones, sino siempre un trabajo incesante sobre sí misma, en un círculo de reflexión que nunca cesa, porque aquello sobre lo cual la reflexión reflexiona no deja de variar, de devenir, de mutar.

También el sentido común, a pesar de su apariencia fija y anquilosada, no cesa él mismo de mutar (la parálisis no es más que una abstracción, como el reposo y el instante). Las fuerzas que lo constituyen varían, y con ellas la imagen de lo verdadero, el valor de los valores. La axiología quiso protegernos del relativismo de la posmodernidad, pero, velozmente, se mostró ella misma relativa. La mutación del sentido común puede llevar milenios, pero también acelerarse hasta el vértigo, como se hizo evidente en nuestro país en los últimos años. Cambió el gobierno, cambiaron las fuerzas hegemónicas, cambió la subjetivación y, con ello, cambió *el sentido común mismo*. Cambió aquello que pretende y logra relativamente establecerse como pensamiento hegemónico en cierto contexto, tensionando internamente seguidores y detractores. Los valores que parecían ganados para siempre se han puesto en duda, e incluso invertido. Cada variación de valores modifica el mundo, y exige nuevos conceptos para pensarlos y para luchar contra su aberración, cuando ésta tiene lugar. Exige, por lo tanto, crear conceptos. Y tal es la tarea específica de la filosofía.

Sin embargo, la filosofía no debe por ello confundirse con un iluminismo, como si fuera la disciplina que detenta la verdad de las formas del saber y endereza el pensamiento torcido del pueblo. Lxs no-filósofxs ya piensan y tienen un buen sentido (siguiendo la distinción de Gramsci) del cual, muchas veces, lxs filósofxs carecemos, envueltos en la maraña de conceptos, términos y sistemas. No enseñamos a pensar. No les decimos a lxs demás quiénes son, ni sabemos la verdad hundida en la impenetrable otredad. No atravesamos con la luz de nuestra razón los abismos de las perspectivas, las coyunturas y las contingencias que constituyen las individuaciones (individuales y colectivas) con las que compartimos la esfera social. Sólo practicamos la actitud del pensamiento que desconfía de sí mismo. La ejercitamos y convocamos a quienes no han pensado en practicarla a ejercitarla ellxs mismxs. Y sólo ejercitando la crítica y la reflexión, el buen sentido puede distinguirse de ese sentido común que arrastra y lleva consigo. Se trata de un mero punto de partida, no de llegada.

Ya estamos afuera, entonces, trabajando, viviendo, investigando. Ahora bien, la experiencia histórica muestra que, si bien *en sí* habitamos el mismo mundo, las esferas tienden a escindirse, a deshacer la comunidad que, ontológicamente, pone a la sociedad como *prius* del individuo. Una vez abierta la brecha, fragmentada la comunidad, la actividad reflexiva y los conceptos creados por la filosofía *pueden* quedar atrapados en los libros y los debates académicos, o *pueden* tener una influencia más o menos decisiva en la sociedad en su conjunto. Encrucijada vital para nuestra actividad. ¿De qué depende su declinación? ¿De un mero azar, o de fuerzas que trabajan a espaldas de nuestra actividad y que de pronto recogen sus frutos, como un mar embravecido recoge los vestigios que arrastra? ¿Podemos volcar deliberadamente nuestra labor en la esfera social? ¿Debemos hacerlo? El intelectual comprometido es, después de todo, una figura que ha suscitado bien ganada desconfianza. La intervención en la esfera pública no puede hacerse, por tanto, con ingenuidad o naturalidad.

Existen diferentes modos de encarar el salto hacia lo que se ha vuelto ajeno. Uno es la divulgación, a la que mucho debe la actualidad de la filosofía. Colegas y amigxs se desempeñan con virtuosismo en ese difícil campo de transformar las nociones filosóficas, frecuentemente duras y secas, en frutos jugosos para el público ma-

sivo. Algunxs, menos virtuosxs, caen en simplificaciones excesivas y transforman el arte del pensamiento en un catálogo de caricaturas. La filosofía arriesga convertirse en mercancía, el discurso en edificante, el genuino placer de pensar en mero consumo de novedades. En todos los casos, desnudan en la academia, incluso en quienes intentamos conjurarlo sin cesar, un excesivo recelo de poner su labor en un cuerpo a cuerpo con otros ámbitos sociales. El gesto de ir hacia afuera no puede ser dejado de lado.

Otro camino es la vía de la autonomía filosófica. Como alguna vez teorizó el arte, en esa autonomía, en ese gesto de trabajar sus propias leyes y formas de desarrollo y validez, consistiría su relación con la sociedad. La filosofía se comunica con lo social *merced* a su autonomía, y evita todo riesgo de explicar al otro su verdad y sentido. Las leyes de la academia, sus códigos disciplinarios, el formato de sus formas de comunicación, la división social de los estamentos intra-disciplinarios, los modos de intercambio y evaluación, formarían en su juego ese campo autónomo. Especializarse sería la clave de la socialización. Como dijimos más arriba, sería al mismo tiempo la forma de cumplir con nuestro *trabajo* y, por lo tanto, a mucha honra.

Un tercer modo, quizás más frágil en su certeza, es el que venimos abrazando quienes hacemos *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*. Se trata de tejer lazos, colaboración, comunidad. Pensar la filosofía como una actividad eminentemente colectiva que necesita que se creen y sostengan los espacios que la hagan posible. Escribimos en el editorial del número 4, en ese sentido, que los grupos de investigación son las *bases* de la filosofía, y no los individuos solos y aislados. Grupos que realizan jornadas, coloquios, encuentros y debates, donde se expone ante el público, donde convocamos también a sumarse a colegas y amigxs. Encuentros donde nos encontramos con otros grupos y modos de pensamiento. Jornadas de discusión. Encuentros con otrxs investigadorxs de América Latina y el mundo. Libros que se distribuyen en forma gratuita en todo el mundo gracias a la inmediatez de lo virtual. Esta revista, donde se juntan los artículos académicos con doble referato ciego de pares con los márgenes, las crónicas y los debates. Donde podemos homenajear a nuestrxs maestrxs y tratar de hacer honor a su memoria. Uso intensivo de las redes sociales. Iniciativas como la Definición de Agosto, en la que varios de quienes hacemos esta revista firmamos

y adherimos. Eventos como la noche de la filosofía en Télam, donde esta revista participó junto a otrxs colegas (en su enorme mayoría académicxs como nosotrxs) defendiendo a lxs compañerxs injustamente despedidxs y perseguidxs, y también estableciendo un contrapunto con la noche oficial de la filosofía. Y sin embargo, convencidxs de que también podemos confluir con aquellxs que optaron por ir al Centro Cultural Kirchner a llevar la pelea desde adentro, en conflicto directo con la infame dirección de la ahora Secretaría de Cultura. En cada una de estas instancias, en cada punto de colectividad, el pensamiento alcanza una nueva densidad, una dimensión imposible para un pensar solitario. Cada vez mayor densidad, hasta alcanzar el umbral de desborde donde, de pronto, nos encontremos ya inmersxs en el punto en que la diferencia entre la filosofía académica y lo social se haga indiscernible, haciendo bloque con la otredad, tejiendo comunidades de sentido. Desbordadxs de filosofía, el problema del exterior –soñamos– se habrá desvanecido.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea